



Jaume Claret

GANAR
la GUERRA

PERDER
la PAZ

Memorias
del general
Latorre Roca

Prólogo de
Ángel Viñas

CRÍTICA

Jaume Claret

GANAR LA GUERRA,
PERDER LA PAZ

MEMORIAS DEL GENERAL
LATORRE ROCA

CRÍTICA
BARCELONA

Primera edición: junio de 2019

Ganar la guerra, perder la paz. Memorias del general Latorre Roca
Jaume Claret

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Jaume Claret, 2019

Las fotografías provienen de la colección particular de la familia Fernández Corte.

© Editorial Planeta S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

editorial@ed-critica.es
www.ed-critica.es

ISBN: 978-84-9199-114-4
Depósito legal: B. 12019 - 2019
2019. Impreso y encuadernado en España por Liberdúplex

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

La guerra civil española

LA CAMPAÑA DEL NORTE

La crónica de Latorre sobre la guerra civil española se organiza en tres apartados, correspondientes a sus tres principales destinos a lo largo de la contienda. En primer lugar, la campaña que desde Pamplona lo lleva a través del País Vasco. Se trata de ocho cuadernos mecanografiados y numerados, titulados *Mi actitud ante la guerra civil*. Únicamente el primero se ha transcrito casi por completo, pues resulta el de mayor interés y permite, además, hacerse una idea cabal sobre el conjunto. Este se inicia con un posicionamiento político expreso e incluye una crónica de los momentos iniciales del levantamiento en tierras de Aragón, Navarra, País Vasco y Cantabria, con las primeras desavenencias y contradicciones en el seno de los sublevados. Del resto de cuadernos se han escogido los fragmentos más relevantes por su singularidad, mientras que se han descartado aquellos centrados en unas operaciones militares ya ampliamente conocidas gracias a la bibliografía existente. El relato se ha complementado con los exhaustivos *Diario Operaciones Campaña Norte* (*Columna Latorre*, tres cuadernos, y *Tercera Brigada de Navarra*, tres cuadernos) y su *Hoja de servicios*.

En segundo lugar, se hallan los seis cuadernos centrados en su paso por el Gobierno Militar de Asturias entre octubre de 1937 y diciembre de 1938. A diferencia del episodio anterior, el relato bélico —a excepción de la represión del maquis— pasa a un segundo término y, sobre todo, encontramos reflexiones relativas a la concreción del Nuevo Estado, así como esbozos sobre personajes y situaciones que, a juicio de Latorre, representaban un mal presagio sobre la futura paz.

Y, en tercer lugar, hallamos las aportaciones realizadas desde Teruel como jefe del Cuerpo de Ejército de Albarracín y posterior gobernador militar de febrero a septiembre de 1939, limitadas a un único cuaderno y de carácter menos sistemático. De hecho, todo lleva a imaginar que en esos momentos se hallaba preparando ya las grandes reflexiones acerca de la situación internacional, el Ejército, la paz, Falange o el futuro de España que, tras el final de la guerra civil, centrarían sus trabajos.

Aunque algunos de los cuadernos están fechados a mediados de los años cuarenta, todos ellos parten de notas tomadas sobre la marcha. Así, en algunos casos, los apuntes no conocieron versiones posteriores, mientras que en el resto se limitaba a incorporar comentarios referentes a la evolución de ciertos hechos que venían a reforzar sus tesis originales.

De Pamplona a Santoña¹

Al iniciarse el levantamiento militar, el hasta entonces retirado teniente coronel se presentó «a la Comandancia Militar de Pamplona ofreciéndose incondicionalmente». En línea con la ortodoxia de los sublevados, Latorre consideraba que la asonada habría sido forzada por la excesiva moderación de la represión tras los sucesos de octubre de 1934 y la supuesta escalada de la violencia republicana luego de la victoria de las izquierdas en febrero de 1936. Aunque la petición formal de reincorporación «con urgencia a la escala activa», «por su extraordinario comportamiento en operaciones de campaña», no se concretó hasta el 24 de abril de 1937;² el 20 de julio ya recibía órdenes del coronel José Solchaga, comandante militar de la capital navarra, «para que en unión de un capitán y un teniente de Artillería y una escolta de 14 guardias civiles, reconociese el Canal de Berdún hasta Jaca e informase a su vez de la cantidad y calidad del material artillero existente en dicha Plaza».

Tras la expedición al Pirineo aragonés, Latorre encabezó una columna que, desde Pamplona, avanzó por los valles cercanos a la frontera francesa hasta tomar la guipuzcoana Tolosa, combatiendo una presunta fiebre comunista que atemorizaba aquellas comarcas. Su relato resulta a la vez interesado e interesante.

Interesado, pues insiste en diferenciar el supuestamente desprendido y sano patriotismo de sus tropas respecto del cálculo interesado de los militares africanistas, quienes, tras un supuesto juramento en el rifeño Llano Amarillo el 12 de julio de 1936, en realidad se moverían por intereses personales. También se distancia de los excesos y abusos cometidos por el

resto de tropas sublevadas. A pesar de acentuar el valor, el honor y la religiosidad de sus hombres, no puede silenciar episodios de represión como los vividos en Alsasua. El párroco de entonces, Marino Ayerra Redín, relataba escandalizado cómo la violencia causó que 308 hombres, de un pueblo de algo más de tres mil vecinos, huyeran la noche anterior.³ Tanto exceso provocó la publicación, por parte del jurista Pedro Uranga Esnaola, del artículo «Basta ya de sangre», el 8 de agosto de 1936, en el *Diario de Navarra*. Un exhorto que era respondido de forma contundente por Francisco López Sanz con un «Que se calle ese santón».

Con la misma voluntad de contraste y, seguramente, de recuperación del sesgo ideológico buscado, Latorre porfía de forma continua y maniquea sobre la ausencia de apoyos extranjeros, la prevención y castigo de los abusos cometidos bajo su mando, el alivio entusiasta de las poblaciones ocupadas —incluida la supuesta colaboración de un comunista arrepentido— y la precariedad de los medios militares disponibles. En cambio, frente a ellos se hallarían unas tropas republicanas presuntamente tan bien armadas como malvadas, desorientadas y sanguinarias.

Interesante por las descripciones y caracterizaciones que se incluyen en el relato. Así, en estas primeras páginas aparecen personajes como el jurista Manuel de Aranzadi, a quien se describe como un separatista converso, o, entre otros, el capitán Carlos Ruiz García, posteriormente gobernador civil de Madrid —según el historiador Josep Clarà el más largo gobernador civil del franquismo—, a quien un informe de los servicios secretos británicos fechado en 1943 calificaba de «inculto y de poca inteligencia. Debe su situación a Serrano Súñer. [...] Se dice que mantiene una relación amorosa con Concepción Liaño, igualmente nativa de Santander, y que por esa razón la ha llevado a Madrid para ser Delegada de la Sección Femenina de la Falange. Es un apasionado germanófilo».⁴

El vil, cobarde y repugnante asesinato de [José] Calvo Sotelo y el mismo 18 de julio no hicieron otra cosa que materializar víctimas generalizando y dar estado oficial al descontento, mediante una ingente explosión popular, a la lucha citada, explosión, que quienes no la vivieron no pueden comprenderla. A mí me sorprendió en Pamplona⁵ y en unión de mis dos únicos hijos sin previo acuerdo nos lanzamos al campo en defensa de los sacrosantos intereses de la PATRIA. Estábamos de lleno en el caso, casi único que yo preconizaba —ferviente defensor de la supremacía del poder civil—, de intervención del elemento armado en mi obra, escrita durante la dictadura de Primo de Rivera, *Ejército*. Y no hay que insistir sobre la extrema gravedad de aquellos momentos porque están en la mente de todos. El «Delenda est Monarchia», de Ortega Gasset, hubo de trasplantarlo a la república. ¿Que el 18 de

julio no fue todo trigo limpio e intervinieron también intereses bastardos? Evidente de toda evidencia. Porque aquí conviene advertir, que una de las mejores medidas tomadas por Azaña fue la reducción del ejército y la forma en que lo hizo, y no la «trituración» como con maledicencia intencionada se quiso hacer figurar por los perjudicados (¿qué diríamos, entonces, ante el momento actual en que se gastan en ejército miles de millones para que su eficiencia efectiva y real sea muchísimo menor que en aquella época!), porque todos los jefes jóvenes procedentes de las campañas africanas —donde tanto y tan mal se usó y abusó de los ascensos— soñaban, *in menti*, con escalar los más altos puestos militares, «llevaban en la mochila el bastón de general» [*sic*], pero Napoleón, quiso aludir con la frase anterior al soldado raso, nunca al jefe, porque lo último no hubiese tenido importancia.

De modo, que, como en todos estos grandes movimientos populares, intervinieron, como materia prima, los sentimientos patrióticos y religiosos y recreados y apoyados en ellos ciertos egoísmos y resentimientos, porque no en balde se habían truncado carreras por anulación de ascensos por méritos de guerra o disminución en la antigüedad de los mismos (luego se olvidó pronto el compromiso adquirido en el Llano Amarillo de Marruecos de no aceptar ascenso ni recompensa alguna durante la guerra civil, que no se cumplió en ninguna de sus partes pero la letra está aceptada y en circulación para ponerla al cobro en su día, que no lo olvide nadie) pero eso bullía en el fondo, porque, afortunadamente, en la superficie, en ese corazón, rincón y asiento de todas las pasiones, y cuyas razones la inteligencia no comprende, el entusiasmo era desbordante y arrollador. Y al grano. Pero antes queremos hacer constar, como ya lo he hecho en otra parte, que [el general Francisco] Franco, que se encontraba en Canarias hubo que apremiarlo, ante sus titubeos desde Algeciras durante los días 17, 18 y 19 de julio, de esto sabe mucho el general [Alfredo] Kindelán que fue quien me lo refirió y que se encontraba en dicha Plaza preparando y esperando el momento, y aún hubo que mandar a Canarias a un conocido médico militar de Sta. Cruz de Tenerife, enlace de Franco allí, un telegrama, en que una vez descifrado se podía leer poco más o menos lo siguiente: «tendrá lugar, sin V., con V., o contra V.».⁶ Y la duda tenía su fundamento, toda vez que el año 34 con tantos o mayores motivos que ahora, se quedó cómodamente quieto en el cargo que ocupaba de jefe del Estado Mayor Central del Ejército, teniendo como ministro a [José María] Gil Robles, a quien en 1936 tan sañuda e injustamente persiguió hasta el punto de tener que huir al extranjero para salvar la vida. La opinión pública sí que pedía acción inmediata en 1934 ante los desmanes separatistas y anárquicos de las multitudes sin freno, y las cataplasmas de entonces trajeron como consecuencia la tragedia de 1936, porque tragedia y grande es una guerra civil, aunque se conceptúe necesaria. Franco, Lerroux y Gil Robles tienen la palabra, y ya a este respecto entre Gil Robles, ya en la emigración, y Franco se cruzaron cartas muy duras de las que el último no resultaba bien parado.

La guerra, la incruenta guerra civil había pasado del terreno especulativo del potencial, al práctico a la acción, pero bien entendido: la guerra con sus leyes y códigos y la tradicional hidalguía española.

En mi calidad de teniente coronel de Artillería retirado se me confirió por el Gobierno Militar de Pamplona la misión de restablecer las comunicaciones por carretera con Jaca el 21 de julio (y empecé por no llevar conmigo a mis dos hijos, uno, inútil en dos reconocimientos sufridos en años anteriores a la guerra y el otro con sólo 16 años) interrumpidas desde mucho tiempo antes del 18 de julio porque los asaltos, atracos a los autobuses, asesinatos y exacciones a metálico que se imponían por doquier por los extremistas que campaban por sus respetos en campos, carreteras y poblados así lo disponían e imponían.

Ya en esta primera salida al frente de dos capitanes y un teniente de Artillería y catorce guardias civiles hube de llamar la atención de uno de los capitanes, Ruiz Ojeda, por amenazar con su pistola a cuantas personas se cruzaban con nuestros coches o a pacíficos labriegos afanados en sus labores agrícolas, por no contestar al grito de ¡viva España! que la mayoría de aquéllos por la distancia y el ruido de los motores no podían oír.

Al pasar por Tiermas un general de Caballería retirado, creo se llamaba Torres, que se encontraba haciendo su cura de aguas termales, ya nos anunció debíamos tomar el máximo de precauciones hasta Jaca. Sin embargo, nuestro paso por la «Venta de Carrica», Berdún, Puente de la Reina y Santa Cilia se acogió con curiosidad o sorpresa, pero en ningún momento con hostilidad.

A nuestra llegada a Jaca nos encontramos con la población y autoridades incluso las militares, no recuerdo el nombre del coronel gobernador militar en aquél entonces, grandemente preocupados y deprimidos ya que aquella mañana o la anterior al salir una compañía a declarar el estado de guerra había sido recibida con nutrido fuego por elementos atrincherados en los hotelitos de entrada a la ciudad por la carretera de Zaragoza, causándoles numerosas víctimas entre ellas toda la oficialidad. Tampoco tenían seguridad las autoridades militares sobre la definitiva actitud de las fuerzas de carabineros.

Después de procurar tranquilizar y dar ánimos, sobre todo a las autoridades, me trasladé al Parque de Artillería para ver de qué material de artillería de Campaña, pesado o ligero, podríamos disponer. Yo había estado allí de guarnición desde el año 20 al 25 y había dejado varias baterías al completo de material y municiones y en perfecto estado de servicio. Ello, no obstante, como si hubiese pasado por allí un terremoto, no encontré nada utilizable, y no porque se hubiese inutilizado en aquellos días de revuelta, no; era sencillamente, que un abandono completo durante once años había dado lugar a que cada cual de dentro y de fuera de la Región Militar dispusiese a su antojo de cuanto creía utilizable, pero en forma aislada, terminando por destrozar y dejar incompletas todas las baterías.

Todo mi empeño era ganar Navarra a plena luz solar para evitar las emboscadas o reprimirlas con mayor facilidad si se presentaban. Y, efectivamente, en el término de Asso-Veral, próximo a los límites entre las provincias de Zaragoza y Huesca en una trinchera en curva, se vio brillar desde mi coche que iba en cabeza la carretera en bastante extensión. Ordené hacer alto a los coches, salir la gente y ocupar rápidamente y desplegados el terreno a los flancos de la trinchera para evitar sorpresas. Lo que en la carretera brillaban era cascots de botellas rotas de champagne y sidra. Luego supimos que el espionaje funcionó desde Jaca por mediación de un médico dentista que avisó a Sigüés —primer pueblo del valle del Roncal en la parte correspondiente a Aragón— que pensábamos regresar en el mismo día, y los de dicho pueblo al amparo de la oscuridad nocturna pensaban agredirnos impunemente desde un viñedo (todo este detalle lo supimos con posterioridad en el mismo Sigüés al día siguiente) al tener necesidad de parar nuestros coches. En honor a la verdad hay que hacer constar que entre los que prepararon el atentado (romper las botellas y cubrir con los cascots la carretera) hubo unanimidad en su preparación, mas no en su ejecución, toda vez, que quienes debían quedar apostados para hacer fuego lo pensaron mejor ante las consecuencias y se volvieron al pueblo.

Este episodio dio lugar a que se efectuase un reconocimiento por aquellos montes, llegando hasta las proximidades del pueblo de Asso-Veral sin encontrar alma viviente, excepto un cazador armado con su escopeta al que se le sometió a un interrogatorio soltándosele después de habernos acompañado un trayecto de nuestro recorrido, desde luego, sin haberle originado la menor molestia.

El capitán, Ruiz de Ojeda, seguía con su exaltación amenazando con la pistola —e incluso llegó a efectuar algún disparo— hasta que llegó un momento en que hube de decirle: «en este coche sobramos uno de los dos y como yo no quiero apearne lo hará Vd.». Hubo, por tanto, de pasarse a otro coche de la escolta con la prohibición absoluta de disparar su pistola con la advertencia de sanciones.

Sin novedad, y ya anochecido, llegamos a Tiermas donde reparamos fuerzas, y donde se nos advirtió que a la salida del pueblo pensaban hacernos objeto de una agresión desde las alturas que dominan la carretera por su derecha.

Conviene advertir que a nuestro paso por el cuartel de la Guardia Civil del citado pueblo en aquella mañana hubo ya sus más y sus menos con el comandante jefe del Puesto que por no haber recibido consigna alguna de sus jefes directos e inmediatos permanecía en actitud expectante. Hubo quien quiso emplear procedimientos de extrema violencia —desde luego el capitán Ruiz Ojeda— llegando a sujetar al cabo del Puesto a lo que me opuse con toda energía y terminando así el incidente.

Hecha esta advertencia, y ante las noticias recibidas llamé al citado cabo a quien hice presente las amenazas denunciadas y ordenándole que con todas

las fuerzas del Puesto protegiese nuestro paso por la carretera desde las alturas. Así lo efectuó, regresando todos a Pamplona sin la menor novedad.

VALLE DEL RONCAL.⁷ Después de dar las novedades en el Gobierno Militar se me ordenó por el coronel, don José Solchaga Zala, que ocupaba el cargo, que al siguiente día y a primera hora debía salir al mando de una pequeña columna, unos cien requetés, para efectuar un reconocimiento por el valle del Roncal que hacia Sigüés, Roncal e Isaba andaba algo revuelto.

A primera hora de la mañana tomamos rumbo al citado valle, cuyo primer pueblo, Sigüés, desde febrero de aquel año vivía en pleno régimen comunista. Al aproximarnos al mismo recibimos los primeros disparos de gente que huía, pero ya los nuestros habían abandonado los camiones con bastante anterioridad y desplegado en amplio frente sobre el terreno de huerta que rodea al pueblo al que nos acercamos con grandes precauciones. Una vez en él parecía abandonado totalmente con todas sus puertas y ventanas herméticamente cerradas y ausencia completa de personas por las calles y plazas y sin que nadie contestara a nuestros requerimientos. Me dirigí en persona a la casa de unos amigos míos, almacenistas de vinos y cereales —una viuda cuyo nombre no recuerdo y varios hijos— y después de aporrear repetidamente la puerta con las culatas de los fusiles y de vocear mi nombre y apellidos, llamándoles a ellos por el suyo se consiguió que por una ventana, cual alma en pena, apareciese la cabeza de uno de los hijos de la casa que al comprobar nuestra presencia bajó rápidamente franqueándonos las puertas y la escena de alegría y derrame de lágrimas de toda aquella familia no es para descrita. Poco a poco se fueron abriendo puertas y ventanas, y las gentes, como si saliesen de un sueño con enorme pesadilla, invadieron las calles. La pesadilla era que desde el pasado mes de febrero el pueblo sufría alta fiebre comunista. Sin embargo, ya nos hicieron presente eran muchos los vecinos huidos que habían marchado al monte, unos con armas, en particular escopetas y pistolas, y otros sin ellas. Allí nos enteramos, en el centro comunista, cómo se había preparado el atentado de la carretera del día anterior y cómo no se había consumado.

No hubo otra novedad que la captura de un prisionero herido al efectuar un reconocimiento por los alrededores del pueblo al que se le asistió en la mejor forma posible, y ni que decir tiene que todos los vecinos se desvivieron por obsequiarnos.

Se hizo otro reconocimiento por la carretera del Valle del Roncal adentrándonos hasta Salvatierra de Esca y Burgui, sin novedad, siendo recibidas las fuerzas con grandes manifestaciones de alegría. Los puestos de la Guardia Civil nos comunicaron que, en el resto de los pueblos del valle, Vidangoz, Garde, Roncal, Isaba, Urzainqui y Ustárroz, las indecisiones y pequeñas resistencias de los carabineros y algunos paisanos se habían reducido.

A la caída de la tarde emprendimos el regreso hacia Pamplona con gran disgusto y temor del vecindario de Sigüés, que temía, que al alejarnos volvie-

sen los huidos por los montes, tomando sangrientas represalias. A fin de mantener la moral decidí quedasen unos pocos fusiles en el pueblo para el elemento civil de máxima confianza y cuatro o cinco *requetés* de los mejores y más ponderados.

Para terminar, diremos, conviene destacar la conducta del cura párroco que sin dejar de ser patriótica lo fue eminentemente cristiana, al afirmar que él que tenía ochenta años y llevaba más de cincuenta en el pueblo había visto nacer a casi todos y a *todos* había bautizado.

Regresamos a Pamplona sin otras novedades, y después de dar el parte correspondiente, recibí las órdenes para el siguiente día.

LEIZA-BETELU. Dichas órdenes se referían a que tomase el mando de dos pequeñas columnas que dirigidas por los comandantes de infantería Francisco Becerra y Venancio Tutor operaban por el macizo comprendido entre las carreteras que, partiendo de Lecumberri, una por Leiza y otra por Betelu vuelven a converger en Tolosa.

Al pasar por Lecumberri me encontré con mi hermana Felisa, su marido y su hija que me invitaron a unas buenas magras con tomate y unos huevos. Me vieron partir con cierta tristeza, pero con mayor alegría a pesar de alguna lagrimilla que no podían reprimir.

Los primeros encuentros tuvieron lugar con los miqueletes, poco antes de las divisorias con Guipúzcoa, ya que en los primeros momentos se habían infiltrado en Navarra para tratar de sorprender Pamplona, pero fueron fácilmente vencidas las resistencias, entregándose en su mayor parte. La mayor resistencia se encontró en el puerto de Urto.

Los aprovisionamientos de nuestras fuerzas en el monte tenían lugar desde los pueblos de Lizarra y Leiza en los que desgraciadamente se había infiltrado desde Guipúzcoa el virus separatista.

Conviene hacer constar, a fin de deshacer muchos equívocos cuando no falsedades, que entre las dos pequeñas columnas no figuraba ningún soldado de reemplazo (todas las fuerzas militares en filas de guarnición en Pamplona habían salido con la máxima urgencia a taponar el puerto de Somosierra) eran todos voluntarios de primera hora, y en su mayor y mejor parte *requetés*, siendo muchos los que por primera vez tenían un fusil entre sus manos. Era frecuente encontrar familias enteras, padres, hijos y yernos, y algún caso de tres generaciones con exceso de espíritu, y menciono esto porque en algún caso nos fue perjudicial.⁸

Armamento, únicamente fusiles sin cuchillo bayoneta y muy dosificadas las municiones. Nada de artillería, ametralladoras, bombas de mano, etc.

La vida en el monte era la primitiva, el *vivac*, pero sin más refinamiento que algún establo de ganado lanar (con miles de millones de pulgas que hacían la vida imposible) para guardar las provisiones de boca y guerra, pues conviene no olvidar que el tiempo fue frío y lluvioso, e incluso confeccionar

las comidas para no delatarnos al enemigo con el que ya habíamos establecido contacto, cuyo contacto también se estableció, no sin grandes resistencias encontradas por las fuerzas de Tutor, entre nuestras dos columnas, en cuyo momento asumí de hecho y de derecho el mando de todas las fuerzas.

El enemigo se había hecho fuerte en el pueblo de Leaburu defendiendo Tolosa, situado en magnífica posición táctica, una elevación del terreno con muy difícil acceso por nuestro frente, tanto por la fuerte pendiente de las laderas como por un foso natural que el terreno formaba. El fuego era continuo de fusilería y nuestras fuerzas aprovechaban como elemento defensivo, a modo de parapeto, los muros de mampostería en seco que dividían las heredades.

Como las posiciones enemigas de Leaburu y circundantes era muy fuertes, hubiese sido una temeridad lanzar a la gente a ataques infructuosos sin ni siquiera el cuchillo bayoneta y bombas de mano.

Conviene hacer constar que el mayor núcleo de fuerzas contrarias estaba constituido por carabineros y miqueletes todos ellos excelentes tiradores.

Por lo expuesto solicité insistente y razonadamente el envío de alguna pieza de artillería para tratar de reducir las resistencias, y un buen día me avisaron en el monte que a Lizarra habían llegado dos flamantes piezas de 105/11. Me apresuré a bajar y me encontré con dos piezas mondas y lirondas y, desde luego, sin ganado y escasas municiones si bien muy buenas, todas rompedoras, por ser de espoleta francesa. Por medio de carretas de bueyes y habilitando en parte camino, conseguí situarlas en nuestras posiciones del monte con lo que nuestra moral subió enormemente, y no digo nada cuando sonó el primer cañonazo y sus granadas, que fragmentaron totalmente, empezaron a causar bajas en el personal enemigo y grandes destrozos en sus defensas cuyo mayor valor residía en la dominación sobre las nuestras. Pero, la alegría duró poco en casa de los pobres, y éstos éramos nosotros, porque antes de 48 horas la artillería enemiga dio también señales de vida, pero no de 105/11 sino de 155/13 con su potente proyectil rompedor de 43 kilos y el nuestro sólo pesaba 13. Las fuertes explosiones de los proyectiles y sus silbidos sobre nuestras cabezas —la risa iba por barrios— sembraron un poco el desconcierto en nuestras filas, y la cosa no era para menos ya que casi todas las fuerzas, por no decir todas —en África nunca empleó estas piezas nuestro enemigo— apenas si había oído en sus respectivos pueblos disparos de escopeta y fusiles, y, desde luego, ninguno de cañón y si estos últimos se dirigían contra nosotros la novedad no podía ser más desagradable. Sin embargo, pronto me percaté que la artillería enemiga estaba falta de dirección y en cuanto fue localizada —algunas piezas en una papelería de Tolosa al resguardo y enmascaramiento de unos almacenes— empezó a ser contrabataida por nuestras dos modestas piezas, naturalmente, que, con toda precisión, porque *sabíamos tirar*. Este modesto duelo artillero duró varios días y, desde Pamplona, tenían empeño grande —mayor era el nuestro— en que avanzásemos,

si bien es verdad nadie se tomó la menor molestia en subir a visitarnos y comprobar y estudiar la situación, en los días y días que estuvimos por aquellos andurriales pues las lluvias y nieblas ponían aquello imposible. Pertene-cían, sin duda, a aquella comunidad religiosa en que era lema decir: «*ha dicho el padre prior que bajemos a la huerta y que trabajéis y que luego merendaremos juntos*».

El día del apóstol Santiago, 25 de julio, fue un día aciago al ir conociéndose los nombres del gran número de capitales en que el Alzamiento no había triunfado y la penuria grande de nuestros medios, en particular, arma-mento y municiones. Se llegó a rumorear que el general [Emilio] Mola había huido a Francia y que todo estaba perdido. La moral de las fuerzas sufrió, pero no decayó. No conviene olvidar que, si escaseaban las municiones de guerra, las de boca abundaban hasta la hartura, tanto en cantidad como en calidad, porque los pueblos de Navarra se volcaban materialmente en enviarnos cosas, todas muy buenas.

Ante las órdenes apremiantes de avance se procedió a estudiar el plan de ataque a Leaburu, plan clásico, es decir, infantería avanzando protegida por el fuego de su artillería; pero como las pendientes de la altura a salvar en que estaba situado el pueblo eran muy pronunciadas, como ya se ha dicho, el acompañamiento de la artillería a la infantería se hacía algo peligroso para ésta. El oficial que mandaba la artillería, muy inteligente y entusiasta, resolvió el problema sin causar bajas propias.

Cuando ya se creyó que las posiciones contrarias estaban suficientemen-te *reblandecidas* y batidas se dio orden de avanzar a la infantería, en todo momento protegida por aquellos empinados riscos los que más parecían jabatos que personas. El enemigo, en lo alto del pueblo, se desconcertó ante aquel brioso y audaz avance —eran todos cristianos y sin alemanes e italia-nos— y por el fuego concentrado y rápido que nuestras dos modestas piezas hacían contra aquél. Perdida la moral no se ocupó de otra cosa que de huir y tan rápida fue la huida que todavía nos fue posible coger el aparato telefóni-co y hablar con San Sebastián y Pasajes haciendo creer que el pueblo conti-nuaba resistiendo y ocupado por el enemigo. Uno de los primeros en huir fue el cura párroco, pero en cambio varios carabineros y miqueletes se entrega-ron y después de un breve interrogatorio para tratar de conocer la moral y medios del enemigo fueron conducidos a Pamplona. Nuestras bajas fueron pocas y, desde luego, ningún muerto.

Como es natural yo esperaba rápidamente la reacción enemiga por medio de su artillería y así ocurrió. Por ello después de dejar montado un buen servicio de seguridad y vigilancia en el pueblo para ponerlo a cubierto de cual-quier sorpresa, escaloné las fuerzas en la contrapendiente por la que se había verificado el asalto, pero con la seguridad plena de que los disparos de la ar-tillería contraria no podía alcanzarlos por estar aquellas fuerzas desenfildadas absoluta y totalmente. Las fuerzas de la contrapendiente constituían las re-

servas de las del pueblo ante toda eventualidad. Sin embargo, el comandante Becerra encargado de la defensa de la posición conquistada no se dio cuenta de la importancia de la orden recibida lo que dio lugar a que la explosión de una granada rompedora de 155/13, que fue a chocar contra uno de los muros de la iglesia matase al capitán de infantería, Loperena, y cuatro o cinco bajas más entre los requetés.

Desde nuestra salida de Pamplona la incipiente columna iba recibiendo refuerzos sucesivos aparte de las dos piezas de artillería. Se incorporó una sección de la guardia civil de Zaragoza y algunos números sueltos de carabineros encuadrados en una centuria de Falange que también se incorporó y un poco después una sección de ametralladoras servida por fuerzas del Ejército; eran las primeras que venían en nuestra ayuda. Ya con todos estos refuerzos el total de la columna ascendería a unos cuatrocientos hombres, sin ningún alemán e italiano, interesa hacerlo constar así. También llegaron mulos para nuestras dos piezas de artillería de montaña. Y no quiero olvidar la famosa pieza de 70/16 que al mando del teniente de artillería Javier Escudero apareció un buen día, y digo famosa porque cada disparo originaba su desguace y había que empezar para efectuar el siguiente a armarla de nuevo, pero el excelente espíritu lo suplía todo. Dicho oficial recibió en un mismo día con gran estoicismo y resignación cristiana, la muerte de dos hermanos, uno alférez de navío asesinado por la marinería en el arsenal del Ferrol y otro ingeniero de Caminos en Madrid.

De lo que carecía en absoluto era de material de transmisiones por lo que todos los partes debían enviarse mediante enlaces tanto a nuestra vanguardia como al pueblo de Lizarra donde ya había línea telefónica con Pamplona.

Desde que se ocupó Leaburu y el frente enemigo hubo forzosamente que retroceder pudimos disponer de un chalet —propiedad de un notario de Tolosa y que acababan de abandonar los contrarios— a retaguardia y un flanco el derecho del citado pueblo que nos dio cobijo confortable —se encontraron algunas camas— después de haber andado tirados por los montes durante bastantes días con un tiempo inclemente de nieblas, lloviznas y frío. Claro es que a pesar de estar un poco desenfilado el chalet fue pronto blanco de la artillería contraria —el espionaje funcionaba a favor de nuestros enemigos— que nos hizo pasar unos días muy desagradables, aunque sin bajas. En dicho chalet eran frecuentes las disputas entre los comandantes Becerra y Tutor, con mejor y mayor educación y cultura el primero que el segundo, si bien, tampoco, nada del otro jueves. Tutor tenía por costumbre, por pésima costumbre, blasfemar, sobre cuyo extremo ya hube de llamarle la atención por el escándalo que producía, sobre todo, entre los requetés.

De los episodios dignos de mención en estos días merece destacarse la presentación en nuestras filas del Conde de Torrubiá [Álvaro Caro y Guillemas] y un hijo en edad militar, que huidos de San Sebastián con pasaportes falsos y protegidos por un jefe comunista que los acompañaba se quedaron

todos en nuestra zona en un aspecto imponente de desarrapados que fue el inocente truco para pasar desapercibidos. El comunista citado nos dio datos concretos del estado de ánimo de los defensores de Tolosa que no podía estar más deprimido y el auxilio apremiante que de Alegría y otros pueblos se pedía. Como puede comprenderse estos datos nos fueron de gran utilidad para nuestros planes sucesivos y en particular para la moral de nuestras tropas.

Dicha presentación tuvo lugar muy poco antes de la toma de Leaburu, y Torrubia, campeón de tiro de pichón, cogió un fusil y fue no un tirador más, porque generalmente eran muy malos, sino el mejor tirador entre los buenos. El hijo, que su padre hizo presente estaba delicado, no tenía otra preocupación que alejarse de aquél silbar de las balas y aduciendo que además de delicado estaba reventado de la caminata desde San Sebastián, buscó refugio en cuanto refrigeró bien fuerzas en nuestra modesta despensa, en el mejor olivo de las proximidades bien alejado de las balas, en el pueblo de Gaztelu. Allí pernoctaron padre e hijo y no se les vio más el pelo a pesar de sus ofrecimientos de que volverían en seguida. Toda la documentación que entregó el jefe comunista se remitió a Pamplona en unión del interesado.

Otro episodio digno de mencionarse acaecido en estos días, ya después de la toma de Leaburu, fue la captura de dos gitanas en una descubierta, en servicio de espionaje o cosa parecida. La nota característica de esta detención fue que la noche que pasaron en una dependencia del campamento ordené durmiesen con grilletes en los pies para impedir cualquier intento de violación durante la noche y así se les explicó en el momento de ponerseles por la guardia civil. No resultaron cargos concretos contra ellas y ordené se les pudiese en libertad hacia nuestra retaguardia.

Otro nuevo episodio lo constituyó que al enterarme que, a unos dos kilómetros de Lizarza, hacia Tolosa, se había tiroteado un camión nuestro con víveres y municiones y sus ocupantes lo habían abandonado sin la debida defensa, ordené que los mismos lo recuperasen a toda costa, lo que hicieron. Los contrarios tampoco se habían atrevido a apoderarse de él ni de su contenido ante el temor de que fuese una emboscada nuestra, como luego supimos.

Una columna que salió de Estella integrada por el Batallón de Montaña que estaba allí de guarnición, fuerzas voluntarias y artillería mandada por el teniente coronel [Pablo] Cayuela, redujo primeramente las resistencias de Alsasua y posteriormente las de Beasain continuando su marcha hacia Tolosa.

Como en dicha marcha solicitase auxilio, la superioridad ordenó se le prestase por las fuerzas a mi mando, confiando esta misión al comandante Tutor con un núcleo de infantería y las dos piezas de artillería. Estas fuerzas vencidas las resistencias enemigas en los pueblos de Alzo y Orendain abrieron el paso a través de los mismos a la columna Cayuela y cumplida su misión regresaron a nuestro campamento al cabo de dos días. El terreno para pasar de nuestras posiciones a los pueblos citados es de lo más endiablado que darse puede.

Nuevamente pidió auxilio la columna citada y nuevamente ordenó se le prestase por nuestras fuerzas lo que se hizo en forma parecida a la vez anterior y sin bajas por nuestra parte.

Estos, para nosotros, imprevistos exteriores, retrasaron más de lo debido la preparación del plan de ataque a Tolosa que, desde la toma de Leaburu, quedaba a nuestros pies completamente dominada. Prontamente concebí la idea de que, si conseguíamos por sorpresa apoderarnos y sostenernos en la altura donde está situada la ermita de N.^a S.^a de Izaskun, llave de Tolosa, esta última plaza no podría resistir.

La operación fue concebida en la forma siguiente, tanto en su parte estratégica, o por mejor decir estratagema, como en la táctica.

Un inciso que habíamos olvidado mencionar era que el comandante de artillería don Antonio Sagardía agregado a la columna visitó al teniente coronel Cayuela para comprobar sus dificultades de avance, porque los auxilios prestados dejaban a nuestras fuerzas de las posiciones de Leaburu muy debilitadas e incluso expuestas a cualquier contratiempo serio y a su regreso me dijo: «No te choque nada de lo que está ocurriendo porque Cayuela se pasa la vida bebiendo». Esto por cierto era sabido de todos, pero nadie puso remedio.

Volviendo a nuestro asunto diremos que, en relación con la primera, estratagema, se trataba de hacer creer al enemigo nuestra próxima retirada de las posiciones que ocupábamos, peligrosas en grado sumo para Tolosa. A estos fines se desplazaron hacia Lizarza unos cuantos camiones, los precisos para transportar unos 200 hombres al mando del comandante Tutor haciendo creer a los vecinos de este último pueblo (muy propicio al espionaje a favor de los contrarios) empezábamos a retirarnos hacia Pamplona. Al llegar al cruce de Lecumberri los camiones cambiaron de dirección y por Uitz, Leiza, puerto de Urto, Berástegui, Elduayen, Berrobi, echaron pie a tierra en una zona de terreno, y que previamente se había estudiado, desde nuestras posiciones de Leaburu con el mayor detalle posible, desde la que al amanecer pudiesen avanzar por la retaguardia de la ermita de Izaskun —situada a la derecha de Tolosa desde nuestro frente— y caer sobre ella por sorpresa previo todo el apoyo artillero posible desde nuestras posiciones de Leaburu, y con cuyo objeto se había establecido un enlace horario, ya que otro no era posible, entre nuestra artillería y las fuerzas del comandante Tutor; una perspectiva detallada tomada desde aquellas de acuerdo el mando de la infantería y artillería, fue, como es natural, el complemento del enlace.

Conviene advertir que el enemigo tenía instaladas dos piezas de artillería de 75/28 en el interior de la ermita y por cañoneras abiertas en los muros efectuaba el fuego contra nuestras posiciones de Leaburu que, al mismo tiempo continuaban siendo cañoneadas diariamente por las piezas de 155/13 resultado, nuestra posición realmente muy incómoda en todos los aspectos y urgía, por consiguiente, despejarla.

Debemos anotar que un disparo afortunado de nuestras piezas de 105/11 hizo blanco en una de las piezas enemigas situadas en la papelera y que ya mencionamos; el entusiasmo y alegría entre nuestra gente no tuvo límites.

De todas formas, para librar a las fuerzas de Tutor del mayor número de obstáculos y aliviar un poco nuestra posición incómoda se procedió a batir con artillería la ermita ya que la ocupación por el enemigo la había desprovisto de todo carácter sagrado, extremo éste que consulté con los sacerdotes que acompañaban a la columna, uno de ellos, don Clemente Muruzabal, de San Martín de Unx (Navarra) y el otro un coadjutor de Alsasua cuyo nombre no recuerdo [posteriormente añade a lápiz el nombre de «Ortigosa»; seguramente Luis María Ortigosa, ordenado dos años antes].⁹

Llegado el amanecer del día siguiente de la salida de las fuerzas de Tutor de nuestras posiciones de Leaburu, dichas fuerzas a la hora convenida salieron de las posiciones de *espera* y emprendieron rápido avance protegidas por la artillería según el enlace horario establecido.

La operación resultó perfecta por el efecto sorpresa principalmente y los defensores de la ermita la abandonaron sin la menor defensa limitándose a huir lo más rápidamente posible, no sin antes inutilizar sus piezas de artillería. Este desconcierto del enemigo se aprovechó para avanzar sobre Tolosa nuestras posiciones de Leaburu, como así se hizo, quedando aquella plaza a tiro de fusil de nuestro nuevo despliegue. Nunca debieron permitir nuestros enemigos, sin una heroica defensa la pérdida de las posiciones clave Leaburu, Izaskun y en cambio se obstinaron en tratar de defender Tolosa —un hoyo— pero que tampoco lo consiguieron.

TOLOSA. El nuevo empujón del enemigo hacia Tolosa nos acercaba más y más a la ocupación de la plaza y las noticias que los fugitivos de la misma llegados a nuestras filas nos proporcionaban no podían ser más esperanzadoras a nuestro objetivo: TOLOSA. Claro está que también nos comunicaban que en su huida final pensaban incendiar y volar la población por disponer de grandes depósitos de dinamita. De todos modos, lo que era evidente es que la moral enemiga estaba ya por los suelos y era urgente entrar antes de que pudiera reaccionar ya que del mando de San Sebastián recibían órdenes de resistir a todo trance e incluso para sostener un poco la moral les anunciaban el envío de importantes refuerzos: ese viejo truco de la guerra es de todos conocido.

A dicho fin propuse al mando superior efectuar algunos disparos de artillería sobre la población a objetivos en que no hubiese víctimas inocentes ni grandes daños materiales, pero que en cambio la moral de los pocos defensores que quedaban bajase aún más dejando de aterrorizar a la población con sus amenazas. Obtenida la autorización solicitada se eligió como objetivo más vulnerable la estación de ferrocarril y algún edificio de la zona por donde pensábamos efectuar la entrada (carretera de Berástegui-Leiza) y que te-

níamos certeza estaban desalojadas. Con toda precisión la artillería rompió el fuego y el ruido que producían las rompedoras al hacer explosión en el interior de los inmuebles era terrible para nosotros que desde las alturas lo veíamos y oíamos, pero aún mucho más para los habitantes de Tolosa que luego nos lo manifestaron, bien entendido, que, para evitar el pánico, cuando como es de rigor se anunció el bombardeo, ya se dio el plazo debido para el abandono de la población por los vecinos pacíficos.

Al mismo tiempo que se realizaba el bombardeo se acercaban nuestras líneas a la población y se ocupaba sin resistencia el barrio de Ibarra. Al bajar hacia Ibarra fuimos tiroteados, pero no me enteré, porque no oía silbar, lo que me advirtió mi escolta.

Un grave accidente vino a turbar la alegría de estos momentos y fue que el comandante de ingenieros, Fernández Checa, dotado de un espíritu militar y patriótico que corría parejo con su gran inteligencia y capacidad, al ver o creer muy fácil la empresa de entrar en Tolosa la acometió, pero pagando con la vida su intrepidez y arrojo, ya que el enemigo desde unos camiones blindados y ocultos a las vistas le disparó casi a bocajarro una ráfaga de ametralladora. Un grupo de unos cien requetés arrastrados por la actitud de su jefe le siguieron ciegamente pero al encontrarse con aquella densidad de fuego que les impedía dar un paso sin bajas y sin defensa posible contra los blindados hubieron de refugiarse en las casas próximas que estaban deshabitadas donde ya se hicieron fuertes, impidiendo que el enemigo las incendiase, y quedando aisladas del resto de las fuerzas durante más de veinticuatro horas pero impidiendo también que el cadáver del jefe quedase en poder del enemigo.

Las tropas no solamente no tenían orden de entrar en Tolosa, sino que tenían orden terminante de no hacerlo sino en acción conjunta y a mi orden, pero en forma alguna aislada y esporádicamente. El mando estaba enterado del abandono de la población, excepto de algunos suicidas, y quería entrar sin bajas, tanto porque quería evitar la lucha callejera para la que no teníamos ningún medio (la bomba de mano seguía siendo cosa desconocida mientras los enemigos disponían de ella a placer) ni de efectivos, cuanto porque fue norma en mí durante toda la campaña evitar las bajas evitables; las cosas así eran menos espectaculares, de menos lucimiento, sin laureadas, pero en cambio eran más humanas y más seguras. El fruto se cae del árbol por su propio peso cuando está maduro y a eso debe tenderse en la guerra, a una pronta madurez para evitar, en cuanto sea posible las violencias.

Por suerte los requetés encontraron en los inmuebles que ocuparon grandes provisiones de plátanos y pudieron hacer bueno aquello de «*primus vivere...*»; de todos modos, constituyó para mí un motivo más de preocupación y contrariedad todo lo ocurrido.

La noche del contratiempo anterior la pasamos en Ibarra en posición peligrosa e incómoda y la cosa no era para menos por la escasez, repito, de nuestros efectivos y falta absoluta de disciplina y preparación militar. Y al

decir disciplina quiero referirme al buen sentido de la palabra ya que su valor y arrojo eran insuperables pero *indisciplinados*. Un núcleo de nuestros efectivos se encontraba en Izaskun al mando del comandante Tutor; otro en las proximidades del cementerio al mando del comandante Becerra; la retaguardia cubierta, o figurándonos lo estaba, por fuerza al mando del capitán don Carlos Ruiz García, hoy en día gobernador civil de Madrid, y la Plana Mayor de la columna con la artillería en el barrio tolosano de Ibarra.

Las dos piezas de artillería se situaron en plena calle enfilando las entradas de Tolosa y apuntadas y cargadas con granadas de metralla en cero a toda eventualidad.

El primer susto nos lo dio nuestra retaguardia que, atacada por el enemigo al amparo de la oscuridad nocturna, cedió originándose un poco de pánico y un poco de desbandada ya que alguno no dejó de correr hasta Pamplona. Esta es la verdad objetiva, pero no lo es menos que el valor y la moral por grandes que sean, y en nuestro caso lo eran mucho, si no van encuadradas en una disciplina no conducen en la mayoría de los casos a resultados prácticos y éste era nuestro caso; estábamos en presencia de verdaderos hombres, mas todavía no de soldados.

El pequeño desaguisado se cortó mediante el envío de pequeño refuerzo, ¡eran tan precarios nuestros efectivos! Esto dio lugar a confundir, en el nerviosismo de los disparos a amigos con enemigos. En realidad, y afortunadamente, no hubo bajas fuera de algunos heridos leves más por caídas que por arma de fuego por verdadero milagro.

Otros sustos de menor cuantía ocurrieron en los dos extremos de nuestro frente, pero todo él permaneció inmovible.

La noche transcurrió en continuo sobresalto, pero sin novedad y así llegamos al 9 de agosto víspera de nuestra entrada en Tolosa. En el interior de la población no cesaban de oírse explosiones de bombas de mano y disparos de fusilería en las luchas sostenidas entre ellos, ya que unos eran partidarios de huir y otros de defenderla a todo trance. Durante todo este día la llegada de huidos de Tolosa era incesante y todos coincidían en que podíamos hacerlo sin el menor peligro. Y a este propósito haremos constar que en el trágico percance del heroico comandante Checa hubo también algo de buena fe porque algún fugitivo le indicó podían entrar sin peligro alguno.

Durante el atardecer del día 9 fueron todavía en aumento, pero a pesar de las insistencias de unos y otros, incluso de algunos de los que me rodeaban demoré hacerlo, por razones de plena seguridad, hasta el amanecer del día 10, porque no me parecía prudente ocupar una población de la importancia de Tolosa durante la noche y completamente a oscuras por estar cortados los cables de la luz en varios sectores.

A las 5 de la mañana, previa notificación al general Solchaga (aquí ya funcionaban los teléfonos), ordené a las fuerzas de la guardia civil, que formaban parte de la columna se adentrasen en Tolosa con todo género de pre-

cauciones y ocupasen los lugares estratégicos, dando parte el jefe de aquéllas de haberlo cumplimentado sin la menor novedad. En vista de ello ordené que el resto de las fuerzas ocupasen Tolosa, dando acto seguido el correspondiente «Bando».

Telefoné la ocupación al mando superior y allí esperé órdenes que el coronel Solchaga me daría personalmente ya que me anunciaron en el Gobierno Militar de Navarra había salido ya para Tolosa.

La alegría de la entrada fue inenarrable por ser la población de alguna importancia que caía en nuestro poder y los habitantes se dedicaron a todo género de expansiones con cánticos y gritos patrióticos a los acordes de músicas improvisadas.

Yo entré en Tolosa agotado por el desgaste enorme (desde luego, dos días sin dormir) en todos los órdenes, padecido en los días anteriores y después muy impresionado por el relato de los asesinatos que habían cometido los extremistas durante su efímero mando en la población y las exacciones de todo orden; dinero, alimentos, alhajas, etc.

Después de dar las órdenes provisionales que el caso requería no me preocupé más que de reposar y alimentarme esperando la llegada del coronel Solchaga. En el Ayuntamiento me sirvieron un par de huevos y magníficas magras con tomate, bien escanciadas con media de Rioja y un buen plato de mermelada.

Por fin llegó Solchaga y después de abrazarme y felicitarme efusivamente, me dijo: «Vd. ahora, Latorre, a descansar dos o tres días que bien merecido lo tiene por su excelente labor».

Todavía hubo que rechazar un ataque de los blindados enemigos desde la carretera de San Sebastián contra nuestras posiciones de vigilancia en aquel sector. Heridos y prisioneros sus ocupantes manifestaron habían sido engañados ya que nada les habían dicho de estar la plaza en nuestro poder, hasta el extremo de que conducían comida confeccionada y víveres para los defensores. Las recriminaciones y maldiciones contra quienes les habían metido en empresa tal, eran terribles.

Después de almorzar en Tolosa me tumbé en el coche a fin de tratar de reconciliar un poco el sueño antes de emprender la marcha a Pamplona. No pude descansar porque en seguida vino a saludarme el jefe tradicionalista, [Manuel] Fal Conde, con quien conversé largo rato y ya entonces atisbé en él ciertas divergencias políticas. A continuación, me saludó un hijo del Infante don Carlos de Borbón, teniente de ingenieros, que luego murió gloriosamente en el frente de Eibar.

Desde la salida de Pamplona hasta la toma de Tolosa, se cogieron fusiles, cascos, correajes y municiones en las distintas trincheras y posiciones que nuestros contrarios abandonaban.

Con el coronel Solchaga llegó el teniente coronel de infantería don Pablo Erviti que se hizo cargo de la Comandancia Militar de Tolosa y por fin pude

emprender el viaje a Pamplona para descansar los días de permiso que me habían concedido y a mi llegada, me enteré con tristeza, pena y dolor del gran número de personas de todas las clases sociales que habían sido asesinadas dentro de la mayor impunidad e ignorando los lugares en que habían tenido lugar tales monstruosidades y las circunstancias de tan cobardes y denigrantes hechos. Entre los asesinados figuraban un hermano de mi mujer, Eugenio Seminario Galicia, y los dos abogados de la familia, Enrique Astiz y José Andrés y un sinnúmero de amigos y conocidos. Realmente fueron unos días, muchos, sádicos, hasta el extremo que el gran patricio, por todos respetado, don Pedro Uranga, escribió un artículo en el *Diario de Navarra* llamando la atención de las autoridades sobre tan terribles excesos que a ciencia y paciencia de las autoridades o con su complicidad se estaban cometiendo no ya en Pamplona sino en todo Navarra donde reinaba un verdadero «TERROR».

Es cierto que, en Tolosa, como indiqué anteriormente, se cometieron asesinatos análogos e idénticas noticias iban llegando de distintas poblaciones españolas que no estaban en nuestro poder, pero no es menos cierto que nuestro emblema y nuestra guía era la santa Cruz, la de Santiago que quiere decir, caridad y amor, y la de los contrarios la estrella solitaria enmarcada en la hoz y el martillo que implican odio y venganza.

Pasé los tres días en familia, pero deseando volver al frente por respirarse aires más puros y el 14 de agosto me incorporé a Tolosa tomando nuevamente el mando de la columna.

Para que nada se quede en el tintero y por conceptualarlo muy interesante diré que en los primeros días del Alzamiento el diputado a Cortes nacionalista (separatista) don Manuel de Aranzadi poseído de un miedo cervical, en unión de sus hijos, Tanis y Manolito, hizo aquél una retractación plena de sus ideas ante notario y que publicó toda la prensa de Navarra y además sus dos hijos se dieron de alta en el *requeté*. Ello no obstante debido a la gran amistad e incluso parentesco de los Aranzadis con la familia de mi mujer, Seminario, se presentó en casa pidiendo protección que no tuve inconveniente en prestar y el pánico de padre e hijos era tal que hasta cartuchos de caza me entregaron (en casa están todavía) y creo que cortaplumas, y conste no hay hipérbole. Cuando marché al frente seguía pasando la mayor parte del tiempo en casa.

No quiero pasar por alto un sucedido en relación con la toma de Tolosa, y éste es que el chusco, no encuentro otro calificativo más apropiado, quiso cubrirse de gloria efímera atreviéndose a poner un telegrama al *Diario de Navarra* atribuyéndose la hazaña de haber tomado sus fuerzas, y él a la cabeza de las mismas, Tolosa. La broma de mal gusto duró poco, lo que tardé en enterarme, porque la rectificación y el mentís más completo en el mismo *Diario* apareció con pruebas en el número siguiente, ya que lo único que hizo el teniente coronel Cayuela fue, retrasar nuestra entrada en Tolosa como queda

expuesto con anterioridad. La columna Cayuela entró en Tolosa por la carretera de Beasain cuando ya llevábamos seis horas en Tolosa y estaban todos los caminos libres.

Al regresar a Tolosa me enteré de que un oficial de Asalto había abusado de su autoridad substrayendo algunos artículos de los comercios, entre ellos algunas joyas parte de las que pudieron recuperarse en Tudela. El oficial fue sumariado y condenado, aparte de perder la carrera.¹⁰

Reincorporado al frente de la columna, el 15 de agosto de 1936 Latorre y sus hombres se dirigieron hacia San Sebastián, aunque previamente debían, desde Andoáin, vencer la resistencia concentrada en el monte Buruntza y en el complejo fortificado de Santa Bárbara, para ocupar a continuación Hernani. El militar insiste en su inferioridad táctica, en el camino hacia Andoáin, por las fortificaciones artilleras y la aviación republicanas que dominaban la población y las líneas de comunicación, así como en el presunto apoyo incondicional francés, interesado en debilitar a España. De ahí, la importancia de controlar la frontera, objetivo que se conseguiría supuesta y únicamente con el fervor de unas tropas donde abundaban los requetés, en muchos casos euskaldunes. Esta exaltación y compromiso contrastaría con actitudes más propias de la propaganda y el turismo bélico, como la aparición en el frente del triple campeón de Europa de peso pesado Paulino Uzcudun Eizmendi. Posteriormente, su prestigio deportivo y su cuestionable participación en la guerra lo convertirían en un símbolo del franquismo, con la aquiescencia de Vicente Gil, médico personal del dictador y presidente de la Federación Española de Boxeo:

En nuestro caso, todo, absolutamente todo, terreno, efectivos, medios materiales se encontraban en gran escala en poder de nuestros enemigos, y, sin embargo [...]. Conviene no olvidar a este respecto, que la rendición de los cuarteles de Loyola en San Sebastián, fuertes de Guadalupe y San Marcos puso en poder del enemigo una cantidad tal de material de guerra y, sobre todo, de artillería moderna y potente, que nadie puede explicarse ni se podrá explicar nunca, cómo nos dejaron avanzar un solo paso y cómo no nos infligieron una derrota fulminante y terminante. Francia, además, por Irún y Cataluña ya empezó a facilitarles cuanto pudo. Francia era, como es y será siempre, nuestra gran enemiga y «no tiene más política internacional que debilitar al vecino por todos los medios» y conste que son palabras de [el historiador y político francés Adolphe] Thiers. Bien es verdad que ese pensamiento lo completó con posterioridad el gran político y patriota, don Antonio Cánovas del Castillo cuando escribió: «La grandeza de Francia es nuestra humillación y la grandeza de España la impotencia de Francia».

[...] Y vuelta con el Buruntza, porque a todo esto los días pasaban y nada se hacía por su captura, causa determinante de nuestra completa inmovilidad, y ya los *pasados* del campo enemigo nos informaban de la defensa cada día mayor que estaban organizando y al mismo tiempo Irún dándonos mucha guerra por su tenaz defensa y consumiendo muchas vidas de los mejores hasta el extremo de bautizársele por los bravos navarros (únicos casi encargados del ataque) con el remoquete de «*cementerio de Irún*». Eran dos goznes alrededor de los que giraban las puertas de entrada a Hernani e Irún, llaves a su vez de S. Sebastián. Ambos baluartes los defendían con tenacidad manifiesta al tener en cuenta la gran importancia de los mismos. Si caía Irún perdían la frontera de importancia capitalísima en su caso (los cobardes franceses presenciaban regocijantes sentados en sillas desde la otra orilla del Bidasoa cómo se consumían heroicamente las vidas de uno y otro bando, que al fin eran españoles todos, como si se tratase de una riña de gallos o cosa parecida; pero bien pronto demostraron su cobardía legendaria al huir como gamos y rendirse sin condiciones por enésima vez ante su secular enemigo, Alemania) y el frente enemigo se derrumbaba y si le ocurría lo propio a Hernani y sus fortificaciones (Sta. Bárbara, Monte Cónico, Loma Roja, etc.) la entrada en S. Sebastián era inmediata, y el enemigo acorralado contra la costa tenía que rendirse. Ocurrieron ambas cosas a la vez porque al mismo tiempo que caía Hernani, como corolario tenía que hacerlo Irún.

[...] Antes de referir la operación quiero intercalar un «intermezzo» que por lo chusco e inesperado no debe silenciarse. Inesperadamente se me presentó el famoso boxeador, Paulino Uzcudun, en unión de otros irreprochablemente vestidos de falangistas de pies a cabeza. Su pretensión era servir de voluntarios en la columna y ni que decir tiene que se accedió en seguida, porque, además, «*querían pegar tiros desde los sitios más avanzados y peligrosos*». Esto ocurría cuando el frente lo teníamos a la altura de Ossyi, y en extrema vanguardia del mismo y casi a tiro de fusil de Sta. Bárbara, teníamos una avanzadilla con dos ametralladoras y una veintena de fusiles, y allí se fueron dos de sus hombres cuya «toilette» tan atildada contrastaba con lo desarrapado de mis hombres. Uzcudun, que acababa de escaparse de S. Sebastián, y los demás que se decían estudiantes y por más señas de medicina, en Valladolid y que, según ellos, habían estado en «El Alto de los Leones» [Puerto de Guadarrama] y querían pegar tiros en todos los frentes, dijeron un momento de Andoáin, para no recuerdo a qué, y, hasta... ahora.¹¹

Tras duros enfrentamientos artilleros y un primer intento fracasado por culpa de la descoordinación, la columna Latorre conseguía reducir a las tropas republicanas del monte Buruntza el 30 de agosto, gracias a la incorporación de más piezas de artillería, de 800 efectivos de «la “Legión Gallega”, perfectamente equipados y asistidos, y de una sección de blin-

dados de Zaragoza con ametralladoras y alguna pieza de 37 milímetros». Sin embargo, la artillería y la aviación republicanas seguían castigando con dureza las posiciones sublevadas y, hasta el 11 y el 12 de septiembre, no tiene lugar el asalto final mediante una combinación de artillería —beneficiada por el conocimiento del terreno y del armamento— e infantería.

La ocupación de Hernani certificaba la suerte de San Sebastián. De nuevo, Latorre describe su actuación como humanitaria, al impedir supestamente excesos y daños sobre la población civil, y el recibimiento de esta como entusiasta. La retórica se correspondía con la propaganda propia de la *guerra de liberación*:

La caída de Sta. Bárbara y Loma Roja tuvo como consecuencia necesaria e inmediata la entrada en Hernani donde se nos recibió con demostraciones de entusiasmo no fingido. Hube de tomar determinaciones enérgicas para evitar todo género de desmanes, tanto contra las personas como contra viviendas y círculos de los separatistas en particular ya que el furor que contra estos últimos sentíamos todos no podía ser mayor por tratar de romper la Patria, y sancioné aquellos desmanes que previamente se comprobaron.

[...] Pronto se recibieron órdenes del mando superior de que no se rompiese el fuego contra la multitud nómada que la teníamos bajo el fuego de nuestros cañones. Se quería evitar, y con razón, por un lado, víctimas inocentes y por otro que, al no poder evacuar S. Sebastián, por la única salida posible y factible, el enemigo embotellado, tomase represalias contra personas y edificios mediante asesinatos e incendios. No cabe duda de que la medida, muy discutida, fue sabia y en extremo prudente.

Unas chicas, *margaritas*, del Requeté de Tolosa, que a diario visitaban nuestros campamentos hiciese el tiempo que fuere, tuvieron empeño grande en que al desfilar con mis fuerzas en S. Sebastián llevase boina roja con gran borlón dorado caído sobre el hombro y camisa kaki con hombreras e insignias bordadas en la misma camisa, y, efectivamente, muy pocos momentos antes de abandonar Hernani rumbo a S. Sebastián con mis fuerzas, me trajeron el presente, debiendo desnudarme de nuevo y plantarme gustoso la para mí simpática indumentaria, que conservo como oro en paño.¹²

El 14 de septiembre, a las dos de la tarde, las autoridades sublevadas encabezadas por el general Mola pasaban revista a las tropas. Veinte años después, Jorge Vigón aún recordaba a Latorre «al frente de unos centenares de mozos navarros, entre un capellán como un castillo y una bandera española al viento, [desfilando] por las calles de San Sebastián, alto, descarnado, ascético e impetuoso, enfundado en una gabardina vieja, y toca-

do con una boina vasca, un hombre maduro que daba un tono de energía dinámica a aquella vieja estampa novecentista». ¹³

Durante todo el mes de septiembre, la columna siguió su camino a lo largo de la costa vasca, en dirección a Asturias. La marcha se organizaba en dos grupos, de trescientos y quinientos hombres respectivamente y con dos piezas de artillería por contingente. El primero progresaba por el interior, mientras que el segundo iba costeando, hostilizados a menudo por embarcaciones pesqueras republicanas, armadas con ametralladoras. Este avance casi continuo y con pocos momentos de descanso, descolocaba incluso a la familia de Latorre: «Mi mujer, hija, nieto y la hija de mi hermano, Pilar, cuyos padres habían quedado bloqueados en Madrid, vinieron a verme desde Pamplona y creyéndome en Igueldo allá se fueron infructuosamente. De allí bajaron a Usurbil pocos momentos después de haber emprendido la marcha hacia Aya». ¹⁴ El día 27, las diferentes fuerzas confluían en la población guipuzcoana de Motrico, donde quedaban acantonadas.

A menudo, el relato militar se ve salpicado con anécdotas que buscan ampliar la información sobre sus compañeros de armas, las poblaciones ocupadas o las actuaciones protagonizadas. Sin embargo, otras cuentan con un carácter más ideológico y se ofrecen como justificaciones del recurso a las armas por parte de los sublevados. Para Latorre, más allá del socorrido desorden republicano, dos eran las coartadas: el anticlericalismo y el separatismo. Ambos quedan ilustrados en dos episodios acontecidos en Guipúzcoa. El primero sucedía la tarde del 14 de septiembre de 1936, en un Igueldo recién ocupado:

Después de muchas vueltas conseguimos encontrar en una vivienda lindante con la parroquia dos sacerdotes que con una mujer estaban rezando el rosario; eran el párroco y el coadjutor. Se les recriminó por no haber salido, desde el primer momento, a nuestro encuentro al oír el ruido de los motores y la algarabía de la gente. Luego supimos eran uno de tantos sacerdotes inculcados con el criminal virus separatista y que utilizan tan sagrado ministerio para la propagación y difusión de tan fratricida como sin base idea que unos vividores alientan y sostienen. Olvidando los malvados que España siempre sacrificó sus intereses económicos a la mayor prosperidad de esa Región que el resto de España admira y exalta. ¡Canallas! ¹⁵

El segundo episodio de españolismo visceral se produce en la también guipuzcoana Deva el 23 de septiembre de 1936, con un jesuita identificado únicamente como padre Aguirre:

Otro incidente muy curioso tuvo lugar al ordenárseme la detención del P. Aguirre, jesuita, y separatista furibundo, uno de los que, en unión de [José de] Ariztimuño, también sacerdote, causaron grave y gran daño a la causa nacional. Me dieron antecedentes de la vida que llevaba y entre ellos que, por la mañana, después de celebrar misa, daba un paseo por la playa. Le esperé y dirigiéndome a él con toda mesura y corrección que tenía orden de detenerle lo que constituía para mí un gran dolor por mis acendradas convicciones religiosas y tratarse de un sacerdote y además jesuita. Le cité para las once en mi despacho de la Comandancia Militar donde también concurriría el cura párroco de la localidad. En la entrevista convinimos, después de grandes protestas por parte del jesuita, que quedaría detenido en la casa del párroco hasta tanto se recibiese la orden de conducirlo a San Sebastián; podría celebrar misa y cumplir todos sus deberes religiosos: todo se realizó con la mayor discreción posible a fin de evitar el menor escándalo. Vino la orden y se le impuso por jurisdicción competente la penalidad de residencia en Canarias. ¡Bien poca, por cierto, después de haber sido parte activa de ese inconcebible contubernio comunista-separatista y mayor contubernio aún en cuestiones de religión!¹⁶

El arraigado odio de Latorre contra el vasquismo, entendido como separatismo, se había fraguado durante su anterior destino en San Sebastián, cuando coincidió con la campaña que, desde *El Pueblo Vasco*, José de Ariztimuño Olaso, *Aitzol*, protagonizó con sus artículos. Los enfrentamientos verbales y de papel de entonces se convirtieron en violencia explícita a partir de julio de 1936. Aitzol pagaba con su vida la implicación en el renacimiento de la cultura vasca a través de entidades como Euskaltzaleak y su participación como ideólogo en el Partido Nacionalista Vasco (PNV). Detenido en Bilbao, encarcelado en Ondarreta y fusilado contra las tapias del cementerio de Hernani con otras 191 personas, se convirtió así en unos de los dieciséis curas vascos asesinados por los sublevados.¹⁷

Volviendo al relato militar, las tropas de Latorre habían conseguido penetrar hasta la vizcaína Berriatúa, pero recibieron órdenes de replegarse, con el objetivo de concentrar fuerzas a las puertas de Bilbao, todavía en manos republicanas. Los intentos de conquistar la capital de Vizcaya socavando la moral de sus habitantes se habían demostrado vanos:

De nada sirvió [*sic*] al malogrado general Mola aquellas proclamas habladas por la radio y escritas, que se arrojaban por aviones sobre Bilbao y sus populosas barriadas amenazando con penalidades mil y males sin cuento si no se rendían, y como dichas proclamas tenían un poco, bastante, de *enano de la venta*, porque no había efectivos suficientes en cantidad y calidad que

las respaldasen, constituyó un *verdadero fracaso* del general Mola, ya que Bilbao no se rindió y *el cuento se acabó*. Y todo esto y otras muchas cosas más ocurrieron, porque Mola, ni fue nunca un genio de la guerra ni de la paz, ni tenía por qué serlo, era, eso sí, un soberbio y brusco y esto lo dice quien no recibió de él más que muchas atenciones.¹⁸

La espera de nuevas órdenes solo se ve trastocada por un breve bombardeo de Deva a cargo de la Marina republicana y por la incorporación de Rafael Latorre Seminario, con diecisiete años recién cumplidos, a la columna de su crítico y exigente padre, proveniente de la columna Beorlegui responsable de la ocupación de Irún:

Como tantos otros jóvenes voluntarios de su edad no sabía manejar un fusil aun cuando sus entusiasmos juveniles fuesen grandes, cuyos entusiasmos se apagaron pronto, e incluso se trocaron en *mieditis*, cuando se enfrentaron con la triste realidad de la guerra, y ésta era, mal comer, mal dormir y por encima de todo, las dichosas balas, que nunca habían oído silbar por encima de sus cabezas y menos aún los zambombazos de las explosiones de los proyectiles [...]. De todos modos, en ningún momento hizo nada excepcional, como tantos otros, limitándose a cumplir y procurando volver a retaguardia por mil pretextos, luxaciones, dentista, etc., pues por otra parte no estaban encuadrados militarmente.¹⁹

La relativa calma en el frente bilbaíno le permite una digresión que, bajo el título *Juicio crítico sobre las operaciones de Guipúzcoa*, repasa lo acontecido hasta entonces. El relato reitera algunos de los tropos ya conocidos de crítica hacia la jerarquía africanista egoísta e insensible al sacrificio de las tropas, de puesta en valor de cómo el arrojo y la capacidad táctica les permitió sobreponerse a una presunta inferioridad material ante las fuerzas republicanas, de negación de la existencia de apoyo extranjero que limita al supuesto trato de favor francés al otro bando, y de prevención y castigo ante cualquier exceso cometido en las filas propias.

Sobre esto último, Latorre asegura enfáticamente que se pagaban las provisiones tomadas en caseríos y poblaciones o que, «en ningún momento ni circunstancias de la Campaña autoricé a las fuerzas de mi mando el botín, saqueo bajo la forma de multas, requisas, etc., y mucho menos las violaciones y trágicos paseos, que tanto y tanto nos perjudicaron, perjudican y perjudicarán ante la Historia el día de mañana por las ideas que decíamos defender, cristianas y católicas». Y así recuerda con desagrado las actuaciones del comandante Tutor, de quien se decía se había hecho con un vehículo y «cuando nuestra entrada en Leaburu y Andoáin

se había apoderado de algunos libros en casa del párroco del primero y de unas miniaturas de marfil en un palacio del segundo». ²⁰

Como idea fundamental sentaremos que las operaciones para liberar Guipúzcoa, ni estratégica ni tácticamente pueden servir de modelo, ni las de un bando ni las de otro, en ninguna Escuela Militar por *elemental* que fuere. Bien es verdad que [de] Mola para abajo nadie dominaba el arte de la guerra ni tenía motivos para dominarlo. A lo sumo habrían sido, si lo fueron, unos buenos jefes de *barkas* o de policía indígena en las campañas africanas. Pero, ahora bien, entre los dos bandos en lucha no cabe duda de que el nuestro en moral y mandos, es decir técnica, fue, desde el primer momento, muy superior, al contrario; en cambio éste nos llevaba ventaja grande en lo referente a armamento (en artillería y, sobre todo, pesada era abrumadora), municiones, material y hombres numéricamente. Conviene no olvidar que los grandes centros industriales productores de dichos elementos estaban todos en su poder en particular en la región norteña. Sin embargo, o no pudieron o no quisieron o no supieron ejercitar la resistencia en terreno tan propicio para ello, siendo inconcebible que en poco más de dos meses toda la provincia de Guipúzcoa cayese en nuestro poder, y si exceptuamos la resistencia de Irún, por el apoyo moral y material del Frente Popular francés, con las subsiguientes bajas (pasaron de mil llegándose a calificar de *matadero*) el resto de la campaña constituyó en realidad un paseo militar por la maraña de montes guipuzcoanos con muy limitadas bajas para la extensión de la operación, de envergadura, aunque algunas muy sensibles.

El enemigo, por consiguiente, no supo sacar el menor partido, ni defender el terreno ¡y aquel terreno!, uno de los principales factores para la victoria; ni [a] su abundante y magnífico armamento supieron sacarle el menor rendimiento; ni a sus numerosos hombres supieron disciplinarlos ni instruirlos, dejándoles en plena libertad para ejercitar el pillaje, robo, asesinato e incendio; ni las famosas milicianas sirvieron para otra cosa que para desenfrenos sexuales que contribuyeron al ludibrio y desmoralización; ni a su aviación el menor efecto útil a pesar de que por nuestra parte en este frente no disponíamos de ningún aparato ni pieza de artillería antiaérea; en una palabra, que el desorden, vicio e indisciplina presidieron todas sus acciones guerreras. Y aquí no vale sacar a colación el consabido sonsonete de si nos ayudaron o dejaron de ayudar los alemanes e italianos, porque no existía ni uno para muestra en aquellos tiempos ni tampoco armamento y municiones de esa procedencia. Era desgraciadamente una lucha fratricida, exclusivamente, que empezaba a arruinar y desangrar a España para muchos años y a anegarla de odios.

En el campo propio también se acusaban defectos y grandes, aunque en gran parte de índole distinta y a la cabeza de los mismos la desorganización y falta de capacidad en el Alto Mando, culpable en grado sumo de no haber

sabido prestar auxilio alguno a San Sebastián durante el tiempo que dominaron los nacionales y contribuir, por tanto, a que la Campaña del Norte se eternizase al convertirse los días en meses. A ello contribuyó el desconocimiento total del terreno, nada de cartografía que a tantos errores da lugar, por los que debían decidir.

[...] Resumiendo, que, entre otras muchas, las dos faltas garrafales de nuestros mandos fueron, un desconocimiento *de visu* del terreno, y, por tanto, de su valor y una pésima organización de los medios disponibles con la subsiguiente falta de rendimiento de los mismos sin olvidar que aquéllos eran escasos o nulos en número. Faltaban por completo bombas de mano, todo género de transmisiones, ametralladoras y fusiles ametralladores, aviación y la instrucción militar de los hombres también nula o deficiente porque muchos de ellos no habían visto ni tenido en sus manos ni un fusil. Por todo ello se debió extremar la organización en lugar de ser un verdadero barullo el Gobierno Militar de Navarra, en Pamplona, donde residía el Cuartel General de las Brigadas Navarras, cuya única obsesión era arrojar hombres y hombres, no soldados, sobre la *pira* de Irún, procedimiento que, desgraciadamente, se siguió por muchos generales y jefes durante toda la Campaña y ahí empieza a tener su origen esa cifra tan macabra como repetida del *millón de muertos* de que tantas y tantas veces se hace mención en discursos y artículos periodísticos. En toda la Campaña no se exigió responsabilidad sobre extremo tan importante, pero a cambio, algunos desgraciados sin nombre, no muchos —a la cabeza de los cuales puede figurar el coronel de Caballería, [Luis] Campos Guereta— hubieron de ser destituidos y sacrificados, sin motivo suficiente, para salvar faltas, omisiones y falta de capacidad de los de *arriba*, y en este aspecto hay casos de supina ignorancia que con rara unanimidad han sido criticados. Les sacrificaron para que pudieran subir, *auparse*, unos cuantos que hoy congestionan las escalas de los altos empleos militares y que también se les designa con el remoquete de *africanos* [...].²¹

Tras «setenta días continuados de marcha y combate», Latorre disfrutaba de un permiso en Pamplona. En su lugar, se nombraba como responsable de la columna al teniente coronel de Infantería Pablo Cayuela, y de la Comandancia Militar de Deva al también teniente coronel, pero de Artillería, Manuel Lecumberri. Ambos eran criticados por su moralmente estricto antecesor, pues parece ser que mancillaban el nombre del Ejército con sus excesos: «tanto a base de la bebida (cuyo vicio dominó por completo a Cayuela) como de las mujeres, llegando incluso a dejar en estado a una muchacha de la población».²²

Este caos se extendía también al respeto de las leyes, pues se toleró el saqueo en el pueblo guipuzcoano de Escoriza de las propiedades del histórico dirigente del Partido Nacionalista Vasco —y tras el exilio, funda-

dor de Herri Batasuna— Telesforo Monzón y Ortiz de Urruela, a quien Latorre descalifica como «flamante ministro separatista», a pesar de ser primo de su ayudante durante buena parte de la guerra, el ingeniero y capitán honorario de Artillería Miguel Ganuza del Riego, posteriormente gobernador civil de Vizcaya por su proximidad con Ramón Serrano Suñer. «En ningún caso la guerra debe dar lugar a estos verdaderos latrocinios. Igual suerte corrió la casa de Vergara a ciencia y paciencia de las autoridades.»²³

El 11 de octubre Latorre recibía orden urgente de encargarse del sector del Alto Deva con centro en Mondragón —supuesto «gran feudo rojo-separatista»— y de reorganizar sus fuerzas tras las derrotas sufridas, por culpa de la mala gestión táctica y estratégica del teniente coronel Camilo Alonso Vega. Así, durante los meses de octubre y noviembre, el nuevo responsable se centró en la instrucción de los dos mil soldados y voluntarios carlistas —como los Tercios de Requetés de Oriamendi y de Zumalacárregui, entre cuyos integrantes se hallaba «[Sergio] ESCOFET, hermano del famoso [Frederic Escofet], por sus ideas avanzadas, de Barcelona»—, la recomposición del frente y la consolidación de las posiciones.

Para alguien tan dado al paternalismo, la reorganización también debía incluir la moral de las tropas: «a fin de procurar por todos los medios evitar o reducir las deserciones al campo enemigo, mediante un desvelo continuo por la alimentación, vestuario, seguridad y comodidad del soldado dentro de lo posible, y, sobre todo, mediante conferencias que por turno se han dado por jefes, oficiales y clases aptos para ello». La preocupación no era gratuita pues, como él mismo reconocía, inquietaba «el gran número de desertores de nuestras filas al campo enemigo y que tenía lugar a diario, siendo dicho número, desde luego, muy superior al de desertores del campo enemigo al nuestro».

Así pasó con la mayoría de los gallegos integrantes del Batallón de América, quienes se pasaron en masa al lado republicano. Según Latorre, se limitaron a seguir sus palabras al pie de la letra, ya que en una conferencia previa les había dicho «que cuando llegase la hora de incorporarse a la línea de fuego tendrían libertad para marcharse a las filas enemigas quienes no estuviesen conformes con nuestros ideales». Finalmente, «a fin de reducir a un mínimo el espionaje se tomó la radical medida de autorizar a una hora determinada la marcha al campo enemigo de todo aquel personal civil que tuviese familiares en el mismo. Realmente marcharon muchos menos de los que se esperaban, pues llegaron a comprobar que la guerra no la tenían ganada los suyos tan fácilmente como les habían hecho creer».²⁴